

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 29 de Julio de 1916

AÑO XII

No se devuelven
los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto
cinco céntimos

N.º 619

Dios lo quiere

De continuo leemos en revistas y periódicos católicos, y escuchamos de labios de los oradores sagrados, que los tiempos presentes son de lucha cruenta, porque cada vez más arrecian en sus combates los enemigos de nuestras creencias. Por conveniencia, por instinto de conservación, y sobre todo por deber de conciencia, escriben otros haciéndose eco de los apremios y mandatos de los Jerarcas de la Iglesia Católica, hay que oponer una resistencia y un empuje en la lucha, que alcance a desvirtuar la acción demoladora del error y de la incredulidad en todas sus formas.

Y tanto más se impone esa actitud de la parte sana y católica de la sociedad, cuanto más rodeados nos vemos de adversarios decididos hasta el fanatismo, a dar al traste con nuestros más queridos ideales; y que laboran con una perseverancia digna de mejor causa.

Y hay que confesarlo; nuestros colegas y nuestros maestros echan de menos por ahora, en el campo católico esa tenacidad, esa diaria actividad, ese no cansarse nunca, la obsesión y hasta la *chifladura* (exigencia ésta al amante de Cristo por parte del famoso Arcipreste de Huelva, hoy Obispo Auxiliar de Málaga) en el trabajo, en el sacrificio, en la propaganda y más que todo en la acción religiosa, benéfica y social, siempre bajo la égida de Nuestra Madre Iglesia.

Porque si se empieza una obra y no se procura por el único procedimiento hábil de la lucha diaria para triunfar, nos hallamos en el caso de aquel de que nos habla el Evangelio que empezó a edificar y no supo consumir o acabar la edificación; y este edificio así abandonado pronto caerá en pedazos y no restará del trabajo empleado sino molestas y tristes ruinas.

No hay más remedio: luchar sin tregua para ser, para formarse, para conservarse, para ascender, para mejorar, para triunfar.

Es general el desquiciamiento moral y social que presenciarnos; faltan ideales arriba y sobran egoísmos y anarquías abajo al decir de *La Lectura Dominical* (15-VII-1916). Y es que si las luchas en el seno de la naturaleza y de la Historia son sin tregua, sopena de sucumbir el ser viviente o el pueblo o nación respectivos, todavía son más enconadas y demandan mayor persistencia, energía y sacrificios las luchas del espíritu y las sociales, porque si los espíritus han de ser educados, dig-

nificados, elevados y cristianizados, hay que barrer obstáculos sin cuento y entablar rudas batallas con las aviesas tendencias del corazón humano, inclinado al mal desde la juventud y presto a todas las perversiones y debilidades, si con toda presteza no se entrega en brazos de Cristo y de su Iglesia decidido a ajustar su conducta a las enseñanzas católicas.

No será inoportuno, por vía de confirmación de nuestro aserto, recordar el Evangelio que en el día de mañana, Dominica 7.ª después de Pentecostés, lee el Sacerdote en la Misa. Está tomado del Evangelio de San Mateo, capítulo VII.º, que a su vez con los V. y VI, integran el grandioso Sermón de la Montaña.

Pues bien: allí nos encarga el Divino Maestro que nos preservemos cuidadosamente de los falsos profetas. ¿Y por qué? Porque se presentarán, siendo lobos rapaces, con piel de ovejas. ¿Cuáles son esos lobos que siempre están al acecho buscando a quien devorar? (Epístola de San Pedro Apóstol, V.) Son, enseña un moderno expositor, todos los que se disfrazan con pieles muy hermosas: defendemos, dicen, el progreso, la civilización, la libertad humana; representamos la cultura, la ciencia, el arte, la luz. Y en realidad son defensores de la incredulidad, de la inmoralidad, de la revolución y a las de postre su propio interés y sus codicias secretas, que disimulan con aquellos fastuosos y seductores nombres.

No vamos a enumerar los infinitos lobos con piel de ovejas que asedian a los fieles, hijos de Dios y de su Iglesia, a quienes motejan de clericales retrógrados, intolerantes y mil otros mote a este tenor. Aténganse todos al consejo de Cristo: por el fruto los conoceréis: el árbol bueno no puede dar malos frutos; y al contrario, el mal árbol jamás puede producir frutos saludables. Y como todos hemos de responder de nuestras acciones, y los cristianos con más rigor, temamos la sentencia proferida en ese mismo Evangelio, es a saber:

Todo árbol que no da de sí buenos frutos y no cumple la ley divina, será arrancado y arrojado al fuego. La palabra de Dios no puede faltar ni en una tilde.

Bienaventurados los que mueren en el Señor

(Apocalipsis XIV-13)

Por estar ya tirados todos los ejemplares de LA CARIDAD no pudimos dar cuenta a nuestros lectores de la pérdi-

da dolorosísima e irreparable que aflige a nuestro distinguido amigo, el señor don Marcos Sanz, Notario de esta Ciudad, católico práctico y fervorosísimo, y bienhechor constante de este humilde Semanario.

Hemos de ofrecer a nuestro favorecedor, aunque estemos seguros de herir su delicada susceptibilidad cristiana, una sincera muestra del dolor que compartimos con él al ver partir para siempre a mejor vida, así lo creemos, a su hija queridísima, consuelo y bálsamo en su viudez, la inolvidable y virtuosa señorita María de la Asunción, en la edad florida de 21 años.

Piadosa de abolengo, y por la educación esmeradísima espejo de todas las virtudes, bien merecido tenía el elogio del Espíritu Santo: «La mujer temerosa del Señor será acreedora a las santas alabanzas».

Es natural que tan rudo golpe ha debido lacerar despiadadamente el corazón de nuestro respetable amigo, porque sus arraigadísimos sentimientos católicos no son parte a contener del todo esas oleadas de amargura que inundan el corazón de los padres al contemplar cómo el soplo despiadado de la muerte arrebatada en flor a los seres queridos, en quienes cifraban todos los anhelos del vivir en este mundo.

«Cuanto más rica es la vida, ha dicho el alemán Bendach, tanto mayores son los peligros que la amenazan». Así habló el fisiólogo, el sabio. Pero el católico sabe hablar con más sabiduría y con más profundidad, en coyunturas tan terribles como por la que ahora atraviesa el padre desolado, pero católico acendrado, como lo es el señor Sanz. ¿Qué podremos decir a nuestro ilustrado amigo, probado en el crisol de la experiencia de la vida, y del dolor cristiano, que no sepa de sobrar? Hagamos un recordatorio periodístico. Para fortalecer nuestros ánimos en la pérdida de seres amados, para hallar resignación y consuelo en esos dolores agudísimos, es para lo que sirven las hermosas enseñanzas de nuestra Santa Religión. Porque nos manda creer en primer término que hay un Cielo, una Eternidad; que si por ventura las almas salen de este mundo tocadas de ligeras mancillas, hay un lugar de expiación donde se limpian y se hacen dignas de la eterna bienaventuranza; que las oraciones y buenas obras de los fieles vivos, son útiles a los fieles difuntos para aliviar y abreviar sus penas en el Purgatorio; y que el Santo Sacrificio de la Misa es propiciatorio y aprovecha a las benditas almas del Purgatorio. Puntos son estos de fe declarados, sobre todo en el Santo Concilio de Trento.

Estas sentencias habrá grabado en su corazón y aún habrá manifestado

repetidas veces el señor Sanz ora para mitigar agenas pesadumbres, ora para consolarse en sus penas más acerbas de las separaciones inevitables de los seres amados. Habrá meditado mil veces ese otro dogma grandioso de la *Comunión de los Santos* o sea de la participación de todo hombre, de los méritos del Salvador que son infinitos; porque Jesucristo vive en todos los que le aman y el cristiano vive de la vida de Cristo; y por tanto familia tan amante de Cristo, en el Corazón de Cristo, tienen su refugio y amparo. Esté seguro que también nosotros como hermanos en la fe y unidos por los dulces lazos de la amistad uniremos nuestras oraciones, nuestras penitencias, nuestras buenas obras a las muchas que en su haber cuenta al señor Sanz, por si algo falta que pagar a la hermosa alma de la hija del alma recién fallecida.

Indecible alivio al dolor debe serle la consideración del tesoro de méritos con que contaba la señorita Asunción; los sufrimientos que acrecentaron su alma con la enfermedad dilatada, que ni alivio pudo hallar en los recursos de las primeras figuras de la medicina en la Corte, y el sello que imprimió a su preciosa vida con la fervorosa recepción de todos los Sacramentos de la Iglesia. Su señor hermano y más su señora hermana, religiosa consagrada a Dios, también vislumbrarán en el historial de la vida gemela de la hermana querida el trasunto de Cristo, nuestro Bien con la Cruz a cuestas y coronado de espinas; al alma que recibió la corona de justicia del que pasó por este mundo haciendo bien y edificando al prójimo.

Enhorabuena, en fin al padre dolorido que presidía el numeroso cortejo fúnebre, (que en el día 22 del presente mostraba sus simpatías y sentimiento por la partida hacia la Patria de la joven ejemplarísima, padre que daba ejemplo de entereza, de resignación cristiana, sin detrimento del justo dolor; y que hizo derramar lágrimas a los espectadores de la edificante escena.

Unidos en espíritu y confiando en la Bondad y Méritos de Cristo, exclamemos como término de nuestras oraciones *Requiescant in Pace*, Amén.

El soldado herido

Partió el aire envuelta en humo,
perfidísima una bala,
y se entró dando silbidos
por la puerta de una herida ensangrentada.

Cayó al suelo con el pecho destrozado,
como un árbol que se parte y se desgaja,
un soldado que era joven y era bello,
como un ramo de esperanzas.